

JOHN DOUGLAS
MARK OLSHAKER

MINDHUNTER

NETFLIX

TAMBIÉN UNA SERIE
ORIGINAL DE
NETFLIX

CAZADOR DE MENTES

«Con Douglas entendemos por qué hay monstruos.»
Patricia Cornwell

CRÍTICA

John Douglas y Mark Olshaker

Mindhunter

Cazador de mentes



Traducción castellana de
Ana Guelbenzu

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2018

Mindhunter. Cazadores de mentes
John Douglas y Mark Olshaker

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Mindhunter. Inside the FBI elite serial crime unit*

© Mindhunters Inc., 1995

© de la traducción, Ana Guelbenzu, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-17067-59-5
Depósito legal: B. 28.552 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España por Black Print

1

En la mente del asesino

«Ponte en el lugar del cazador.»

Eso es lo que tengo que hacer. Pensar en esas películas sobre la naturaleza: un león del Serengueti en África que ve una enorme manada de antílopes en un abrevadero. Lo vemos en sus ojos, el león se centra en un animal concreto de entre esos miles de ejemplares. Se ha entrenado para percibir la debilidad, la vulnerabilidad, algo distinto en un antílope de la manada que lo convierte en la víctima más probable.

Lo mismo ocurre con determinadas personas. Yo soy una de ellas, todos los días salgo a cazar en busca de mi presa, a la búsqueda de mi víctima de oportunidad. Imaginemos que estoy en un centro comercial donde hay miles de personas. Entro en la sala de videojuegos y, mientras observo a los cincuenta niños que están jugando, tengo que ser cazador, elaborar perfiles y ser capaz de detectar a esa presa potencial. Debo imaginar cuál de esos cincuenta niños es el vulnerable, cuál es la víctima más asequible. Tengo que observar cómo va vestido el niño. Debo entrenarme para detectar las claves no verbales que exhibe el chico. Y todo eso en una fracción de segundo, así que necesito ser muy, muy bueno. Una vez lo he decidido, una vez he hecho mi movimiento, tengo que saber cómo voy a sacar a ese niño del centro comercial con sigilo y sin montar alboroto ni levantar sospechas cuando sus padres están probablemente dos plantas más abajo. No puedo permitirme errores.

Lo que hace funcionar a esos tipos es la adrenalina de la caza. Si pudiéramos leer una respuesta galvánica de la piel de uno de ellos cuando se centra en su potencial víctima, creo que la reacción sería la misma

que la de un león en plena naturaleza. No importa si se trata de los que cazan niños, chicas jóvenes, ancianos, prostitutas o cualquier otro grupo definido, o de los que no parecen tener preferencias concretas. En cierto sentido, todos son iguales.

Sin embargo, son sus diferencias y las pistas que conducen a sus personalidades individuales lo que nos ha llevado a una nueva arma en la interpretación de determinados tipos de crímenes violentos, y a la caza, detención y juicio de sus autores. Durante la mayor parte de mi carrera profesional he sido agente especial del FBI y he intentado desarrollar esa arma, y de eso trata este libro. En todos los crímenes horribles desde los inicios de la civilización, siempre está esa pregunta mordaz y fundamental: ¿qué tipo de persona puede haber hecho algo así? El tipo de perfiles y de análisis de la escena del crimen que realizamos en la Unidad de Apoyo a la Investigación del FBI ayuda a contestar esa pregunta.

El comportamiento refleja la personalidad.

No siempre es fácil, y nunca es agradable, ponerse en la piel de esa gente, o dentro de su mente. Pero eso es lo que mi gente y yo tenemos que hacer. Debemos intentar sentir cómo era en cada caso. Todo lo que vemos en una escena del crimen nos dice algo de ese sujeto desconocido que cometió el homicidio. Gracias al estudio de la mayor cantidad de crímenes posible y a nuestras conversaciones con los expertos (los autores de los crímenes), hemos aprendido a interpretar esas claves de forma parecida a como un médico evalúa varios síntomas para diagnosticar una enfermedad o dolencia en concreto. Igual que un médico puede empezar a hacer un diagnóstico tras evaluar varios aspectos de la presentación de una enfermedad que ha visto antes, nosotros podemos extraer diversas conclusiones cuando vemos que empiezan a aparecer patrones.

Una vez, a principios de la década de 1980, cuando entrevistaba a asesinos presos para nuestro estudio en profundidad, estaba sentado en un círculo de agresores violentos en la antigua cárcel gótica de piedra de Maryland, en Baltimore. Cada hombre era un caso interesante a su manera (un asesino de un policía, otro de un niño, camellos y asesinos a sueldo), pero me interesaba mucho entrevistar a un violador asesino so-

bre su *modus operandi*, así que pregunté a otros presos si conocían a alguno en la cárcel con quien pudiera hablar.

—Sí, está Charlie Davis —dijo uno de los internos, pero el resto coincidió en que no creían que fuera a hablar con un policía federal. Alguien lo fue a buscar al patio de la cárcel. Para sorpresa de todos, Davis se unió al grupo, probablemente por curiosidad, aburrimiento o cualquier otra razón. Algo que habíamos comprobado en el estudio era que los presos tienen mucho tiempo y poco que hacer.

Normalmente, cuando realizamos entrevistas en prisión, y ha sido así desde el principio, intentamos saber todo lo posible del sujeto por adelantado. Estudiamos los expedientes policiales y las fotografías de la escena del crimen, actas de autopsias, transcripciones de juicios: cualquier cosa que pueda arrojar luz sobre los motivos o la personalidad. También es la manera más segura de garantizar que el sujeto no está jugando contigo y te habla con sinceridad. Era evidente que en este caso no me había preparado, así que lo admití e intenté sacar provecho de ello.

Davis era un tipo enorme, descomunal, de unos dos metros, treinta y pico años, recién afeitado y bien peinado. Empecé diciendo:

—Estoy en desventaja, Charlie. No sé qué hiciste.

—Maté a cinco personas —contestó.

Le pedí que me describiera los escenarios del crimen y lo que hizo a sus víctimas. Resultó que Davis era conductor de ambulancias a tiempo parcial. Así que estranguló a la mujer, dejó su cadáver en la cuneta en su zona de conducción, hizo una llamada anónima, contestó a la llamada y recogió el cuerpo. Cuando puso a la víctima en la camilla nadie sabía que el asesino estaba entre ellos. Este grado de control y orquestación era lo que realmente lo excitaba y le proporcionaba la mayor adrenalina. Cualquier cosa que pudiera aprender sobre la técnica siempre sería de un valor extremo.

El estrangulamiento me decía que era un asesino impulsivo cuya principal idea en mente era la violación.

Le dije:

—Eres un auténtico policía aficionado. Te encantaría ser policía, estar en una posición de poder en vez de tener un trabajo menor por debajo de tus posibilidades.

Se echó a reír y me dijo que su padre había sido teniente de la policía.

Le pedí que me explicara su *modus operandi*: seguía a una mujer atractiva, la veía entrar en el aparcamiento de un restaurante, por ejemplo. Gracias a los contactos de su padre en la policía, había podido comprobar la matrícula del coche. Luego, cuando tenía el nombre de la propietaria, llamaba al restaurante para decir que se había dejado las luces encendidas. Cuando salía, la raptaba, la empujaba dentro de su coche o el de ella, la esposaba y se iba.

Describió cada uno de los cinco asesinatos en orden, casi como si los estuviera evocando. Cuando llegó al último, mencionó que la cubrió en el asiento delantero del coche, un detalle que recordaba por primera vez.

En ese momento de la conversación, llevé las cosas más allá.

—Charlie, déjame decirte algo de ti: tuviste problemas de relaciones con las mujeres. Tenías problemas económicos cuando cometiste tu primer asesinato. Tenías casi treinta años y sabías que tus capacidades estaban muy por encima de tu trabajo, así que todo en tu vida era frustrante y estaba fuera de control.

Él se limitaba a asentir. De momento, bien. No había hecho ninguna predicción o deducción demasiado dura.

—Bebías mucho —continué—. Debías dinero. Te peleabas con la mujer con la que convivías. [No me había dicho que viviera con nadie, pero estaba bastante seguro.] De noche, cuando todo empeoraba, salías a cazar. No lo pagabas con tu novia, así que tenías que desahogarte con alguien más.

Vi que el lenguaje corporal de Davis cambiaba, se abría. Así que, con la escasa información que tenía, continué:

—Pero la última víctima fue un asesinato mucho más suave. Era distinta de las demás. La dejaste volver a vestirse después de violarla. Le tapaste la cabeza. No lo hiciste con las cuatro anteriores. A diferencia de las demás, no te sentías bien con esta.

Cuando empiezan a escuchar con atención, sabes que has encontrado algo. Lo aprendí en las entrevistas en prisión y lo utilicé una y otra vez en interrogatorios. Vi que contaba con toda su atención.

—Te contó algo que te hizo sentir mal matándola, pero la mataste igualmente.

De pronto se puso rojo como un tomate. Parecía en estado de trance; lo vi en su mente, había vuelto al escenario del crimen. Vacilante, me contó que la mujer le dijo que su marido tenía graves problemas de salud y estaba preocupada por él, que estaba enfermo y tal vez muriéndose. Podía ser un farol, o no, no tengo manera de saberlo. Pero era evidente que había afectado a Davis.

—Pero yo no me había tapado, ella sabía quién era, así que tuve que matarla.

Hice una breve pausa y dije:

—Te llevaste algo suyo, ¿verdad?

Él asintió de nuevo y admitió que buscó en su cartera. Sacó una fotografía de ella con su marido y su hijo en Navidad y se la guardó.

No conocía de nada a ese tipo, pero empezaba a formarme una imagen sólida de él, así que proseguí:

—Fuiste a su tumba, Charlie, ¿verdad?

Se sonrojó, lo que también me confirmó que seguía lo que la prensa decía del caso, así que supo dónde estaba enterrada su víctima.

—Fuiste porque no te sentías bien con ese asesinato en concreto. Llevaste algo al cementerio y lo dejaste sobre la tumba.

Los demás presos guardaban silencio absoluto, escuchaban extasiados. Nunca habían visto a Davis así. Repetí:

—Llevaste algo a la tumba. ¿Qué llevaste, Charlie? Llevaste la fotografía, ¿verdad?

Asintió y agachó la cabeza.

No fue brujería ni sacarse un conejo de la chistera como les pareció a los demás presos. Naturalmente, estaba deduciendo, pero las deducciones se basaban en un gran bagaje, la investigación y la experiencia que mis ayudantes y yo habíamos acumulado y seguíamos acumulando. Por ejemplo, habíamos aprendido que el viejo tópico de los asesinos que visitaban las tumbas de sus víctimas a menudo era cierto, pero no necesariamente por los motivos que pensábamos en un principio.

El comportamiento refleja la personalidad.

Uno de los motivos de que nuestro trabajo sea necesario tiene que ver con la naturaleza cambiante del crimen violento en sí. Todos conocemos los asesinatos relacionados con la droga que inundaban la mayo-

ría de nuestras ciudades y los crímenes con pistola que se habían convertido en un hecho diario, además de en una desgracia nacional. Sin embargo, la mayoría de crímenes, sobre todo los más violentos, ocurrían entre personas que se conocían de alguna manera.

Ya no es tan frecuente. En la década de 1960, la tasa de resolución de homicidios en Estados Unidos estaba muy por encima del noventa por ciento. Eso tampoco es así ya. Ahora, pese a los impresionantes avances en ciencia y tecnología y la llegada de la era informática, pese a que hay muchos más agentes de policía con recursos y formación mucho mejores y más sofisticados, la tasa de asesinatos ha aumentado y la tasa de resoluciones se ha reducido. Cada vez más crímenes son obra de o se cometen contra «desconocidos», y en muchos casos no tenemos una motivación con la que trabajar, por lo menos no una motivación evidente o «lógica».

Tradicionalmente, la mayoría de asesinatos y crímenes violentos eran relativamente fáciles de entender para los agentes de la ley. Eran producto de manifestaciones muy exageradas de sentimientos que todos experimentamos: rabia, avaricia, celos, beneficio, venganza. En cuanto se abordaba el problema emocional, el crimen o la serie de crímenes se terminaban. Alguien moría, pero eso era todo y por lo general la policía sabía a quién y qué estaba buscando.

Sin embargo, durante los últimos años ha salido a la luz un nuevo tipo de criminal violento: el criminal en serie, que a menudo no para hasta que lo detienen o matan, que aprende con la experiencia y tiende a mejorar en lo que hace y perfeccionar constantemente su escenario de un crimen al siguiente. Digo «ha salido a la luz» porque, hasta cierto punto, probablemente siempre estuvo entre nosotros, mucho antes del Londres de 1880 y Jack el Destripador, que suele considerarse el primer asesino en serie moderno. Y digo que es un hombre porque, por razones que detallaremos más adelante, prácticamente todos los asesinos en serie son hombres.

De hecho, el asesino en serie puede ser un fenómeno mucho más antiguo de lo que creemos. Las historias y leyendas que nos han llegado sobre brujas, hombres lobo y vampiros podrían ser maneras de explicar salvajadas tan horribles por que nadie en las ciudades pequeñas de Europa y

Estados Unidos podía comprender las perversidades que hoy en día damos por hechas. Los monstruos tenían que ser criaturas sobrenaturales. No podían ser como nosotros.

Los asesinos en serie y los violadores solían ser los más desconcertantes, personalmente perturbadores y los más difíciles de atrapar de todos los criminales violentos. En parte es porque sus motivaciones dependen de factores mucho más complejos que los básicos que acabo de enumerar. Eso, a su vez, hace que sus patrones sean más confusos y los distancie de otros sentimientos normales como la compasión, la culpa o el remordimiento.

A veces, la única manera de atraparlos es aprender a pensar como ellos.

Para que nadie piense que estoy desvelando secretos bien guardados de investigaciones que puedan servir de manual de instrucciones para futuros agresores, os tranquilizaré en este tema. Lo que voy a contar es cómo desarrollamos el enfoque de comportamiento en la elaboración de perfiles de personalidades criminales, análisis de crímenes y estrategia del fiscal, pero no podría convertirlo en un manual de instrucciones aunque quisiera. En primer lugar, tardamos dos años en formar a agentes con experiencia y grandes méritos seleccionados para entrar en mi unidad. Por otra parte, por mucho que crea saber el criminal, cuanto más hace para evitar ser detectado o despistarnos del camino, más claves de comportamiento va a darnos con las que trabajar.

Como sir Arthur Conan Doyle le hizo decir a Sherlock Holmes hace muchas décadas: «la singularidad es casi siempre una pista. Cuanto más anodino y común es un crimen, más difícil es resolverlo». En otras palabras, cuanto más comportamiento tenemos, más completo es el perfil y el análisis que podemos dar a la policía local. Cuanto mejor sea el perfil del que disponga la policía local para trabajar, más pueden diseccionar la potencial población sospechosa y concentrarse en encontrar al tipo de verdad.

Esto me lleva a otro descargo de responsabilidad en nuestro trabajo. En la Unidad de Apoyo a la Investigación, que forma parte del centro nacional del FBI de análisis de crímenes violentos en Quantico, no nos dedicamos a detener criminales. Voy a repetirlo: no detenemos crimi-

nales. Es la policía local la que los detiene y, teniendo en cuenta las increíbles presiones que sufren, la mayoría hacen un buen trabajo. Lo que intentamos hacer es ayudar a la policía local a centrarse en sus investigaciones, y luego proponemos algunas técnicas proactivas que pueden ayudar a seguir a un delincuente. Una vez lo atrapan, y de nuevo resalto que son ellos y no nosotros quienes lo detienen, intentaremos elaborar una estrategia para ayudar al fiscal a sacar a la luz la auténtica personalidad del acusado durante el juicio.

Podemos hacerlo gracias a nuestros estudios y a nuestra experiencia especializada. Un departamento de policía del Medio Oeste tal vez se enfrente por primera vez a los horrores de una investigación sobre un asesino en serie; mi unidad ha gestionado probablemente cientos, si no miles, de crímenes parecidos. Siempre les digo a mis agentes: «Si queréis entender al artista, tenéis que observar el cuadro». Hemos observado muchos «cuadros» a lo largo de los años, y hemos hablado largo y tendido con los «artistas» de mayor «talento».

Empezamos metódicamente a desarrollar el trabajo de la Unidad de Ciencia del Comportamiento del FBI, y lo que más tarde pasó a ser la Unidad de Apoyo a la Investigación, a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980. Pese a que la mayoría de libros dramatizan o magnifican lo que hacemos, como el memorable *El silencio de los corderos* de Tom Harris, son imaginarios y con tendencia a las licencias artísticas; nuestros antecedentes en realidad se remontan a la ficción criminal más que a los hechos criminales. C. August Dupin. El detective aficionado del clásico de Edgar Allan Poe de 1841 *Los crímenes de la calle Morgue* podría ser el primer creador de perfiles de comportamiento de la historia. El libro también puede representar el primer uso de una técnica proactiva por parte del creador de perfiles para hacer salir a un sujeto desconocido y exculpar a un hombre inocente encarcelado por los asesinatos.

Igual que los hombres y mujeres de mi unidad ciento cincuenta años después, Poe comprendió el valor de los perfiles psicológicos cuando las pruebas forenses por sí solas no bastan para solucionar un crimen especialmente brutal y sin motivo aparente. «Privado de los recursos comunes», escribió, «el analista se sumerge en el espíritu de su adversario, se

identifica con él y con frecuencia ve, de un vistazo, los métodos exclusivos con los que podría inducir a error o caer en un fallo de cálculo».

Hay otro pequeño parecido que vale la pena mencionar. Monsieur Dupin prefería trabajar solo en su habitación, con las ventanas cerradas y las cortinas tapando bien la luz del sol y la intrusión del mundo exterior. Mis colegas y yo no hemos tenido opción en eso. Nuestros agentes de la Academia del FBI en Quantico están varias plantas bajo tierra, en un espacio sin ventanas originalmente diseñado para ser la sede central segura de las fuerzas de la ley federales en caso de emergencia nacional. A veces nos denominamos a nosotros mismos el sótano nacional de análisis de crímenes violentos. A dieciocho metros bajo tierra, decimos que estamos a una profundidad diez veces mayor que los muertos.

El novelista inglés Wilkie Collins cogió el relevo de los perfiles en obras pioneras como *La dama de blanco* (basada en un caso real) y *La piedra lunar*. Pero la inmortal creación de sir Arthur Conan Doyle, Sherlock Holmes, hizo que el mundo entero conociera esta forma de análisis de investigación criminal en el mundo lúgubre y tenebroso del Londres victoriano. El mayor cumplido que se nos puede hacer a cualquiera de nosotros es ser comparado con este personaje de ficción. Hace unos años sentí un gran honor cuando, mientras trabajaba en un caso de asesinato en Misuri, un titular del *St. Louis Globe-Democrat* hizo referencia a mí como «el Sherlock Holmes moderno del FBI».

Es interesante destacar que, al mismo tiempo que Holmes estaba ocupado en sus intrincados y desconcertantes casos, Jack el Destripador mataba prostitutas en la vida real, en el East End de Londres. Estos dos hombres en extremos contrarios de la ley, y en lados opuestos de la frontera entre la realidad y la imaginación, se han apoderado hasta tal punto de la conciencia pública que muchas historias de Sherlock Holmes modernas, escritas por admiradores de Conan Doyle, han sumido al detective en los asesinatos sin resolver de Whitechapel.

En 1988 me pidieron que analizara los asesinatos de Jack el Destripador para un programa de un canal nacional. Expondré mis conclusiones sobre este famoso desconocido en la historia más adelante en este libro.

La elaboración de perfiles de comportamiento no saltó de las páginas de la literatura a la vida real hasta un siglo después de la «calle Morgue» de Poe y medio siglo después de Sherlock Holmes. A mediados de la década de 1950 la ciudad de Nueva York estaba siendo sacudida por las explosiones del «Bombardero Loco», conocido por ser el responsable de más de treinta bombas durante un período de quince años. Atacó lugares públicos como las estaciones Grand Central y Pensilvania y el Radio City Music Hall. En aquella época yo era un niño de Brooklyn, recuerdo muy bien el caso. Cuando ya no sabían qué hacer, en 1957 la policía llamó a un psiquiatra de Greenwich Village llamado James A. Brussel, que estudió fotografías de los escenarios de las bombas y analizó con cuidado las cartas burlonas del atacante a los periódicos. Llegó a una serie de conclusiones detalladas a partir de los patrones generales de conducta que percibió, incluido que el autor era un paranoico que odiaba a su padre, sentía un amor obsesivo hacia su madre y vivía en la ciudad de Connecticut. Al final de su perfil por escrito, Brussel recomendó a la policía:

Busquen un hombre pesado, de mediana edad, nacido en el extranjero. Católico romano, soltero. Vive con un hermano o hermana. Cuando lo encuentren puede que lleve un traje cruzado, abotonado.

A partir de algunas referencias en varias de las cartas, parecía una buena apuesta pensar que el autor de las bombas fuera un empleado o antiguo empleado disgustado de Consolidated Edison, la empresa de energía de la ciudad. Al buscar el perfil entre la población objetivo, la policía encontró el nombre de George Metesky, que había trabajado en Con Ed en la década de 1940 antes de que empezaran las bombas. Cuando una tarde fueron a Waterbury, Connecticut, a detener a ese católico pesado, soltero, de mediana edad y nacido en el extranjero, la única variación del perfil era que no vivía con un hermano o hermana sino con dos hermanas solteras. Cuando un agente de policía le indicó que se vistiera para el viaje a la comisaría, salió de su dormitorio pasados unos minutos con un traje cruzado, abrochado.

Para esclarecer cómo había llegado a unas conclusiones de una precisión tan asombrosa, el doctor Brussel explicó que normalmente un

psiquiatra examina a un individuo y luego intenta hacer algunas predicciones razonables sobre cómo reaccionaría esa persona a una situación concreta. Al crear su perfil, afirmó Brussel, invirtió el proceso e intentó deducir un individuo a partir de la prueba de sus actos.

Si consideramos el caso del Bombardero Loco desde la perspectiva de casi cuarenta años, en realidad parece bastante sencillo. Sin embargo, en aquel momento marcó un hito en el desarrollo de lo que se acabó llamando ciencia del comportamiento en la investigación criminal, y el doctor Brussel, que más tarde trabajó en el departamento de policía de Boston en el caso del estrangulador de Boston, fue un auténtico pionero en el campo.

Pese a que a menudo se denomina «deducción», lo que los personajes de ficción Dupin y Holmes y el doctor Brussel de la vida real y los que le seguimos hacemos en realidad es más bien «inducción», es decir, observar elementos concretos de un crimen y extraer conclusiones más amplias a partir de ellos. Cuando en 1977 llegué a Quantico, los instructores de la Unidad de Ciencia del Comportamiento, como el pionero Howard Teten, empezaban a aplicar las ideas del doctor Brussel a casos que policías profesionales les llevaban a las clases en la Academia Nacional. No obstante, en aquella época era anecdótico y nunca fue respaldado por una investigación sólida. Así era la situación cuando entré yo.

He hablado de la importancia que tiene para nosotros ponerse en la piel y la mente del asesino desconocido. Durante nuestras investigaciones y experiencia hemos descubierto que es igual de importante, por muy doloroso y desgarrador que sea, poder ponernos en el lugar de la víctima. Solo cuando tenemos una idea firme de cómo habría reaccionado una víctima a las atrocidades que le estaban infligiendo podemos entender de verdad la conducta y las reacciones del asesino.

Para conocer al agresor, hay que estudiar el crimen.

A principios de la década de 1980 me llegó un caso perturbador desde el departamento de policía de una pequeña ciudad en la Georgia rural. Una chica guapa de catorce años, una majorette del instituto local, había sido secuestrada en la parada del autobús local a cien metros de su casa. Al cabo de unos días encontraron su cadáver medio desnudo en una zona boscosa, lugar de encuentro de amantes, a unos quince ki-

lómetros. Había sufrido una agresión sexual, y la causa de la muerte era un fuerte golpe en la cabeza. Al lado había una gran roca con sangre incrustada.

Antes de hacer un análisis, debía saber lo máximo posible sobre esa chica. Descubrí que, pese a ser muy atractiva y guapa, era una chica de catorce años que parecía tener catorce años, no veintiuno como muchas adolescentes. Todos los que la conocían me aseguraron que no era promiscua ni coqueteaba, no tomaba nada de drogas ni alcohol, y era cariñosa y amable con cualquiera que se le acercara. El análisis de la autopsia indicó que era virgen cuando la violaron.

Toda aquella información era vital para mí porque me llevaba a entender cómo habría reaccionado durante y después del rapto y, por tanto, cómo habría reaccionado el agresor con ella en la situación concreta en que se encontraban. A partir de ahí, concluí que el asesinato no había sido planeado, sino una reacción fruto del pánico por la sorpresa (basada en la imaginación distorsionada y alucinatoria del agresor) al ver que la chica no lo recibía con los brazos abiertos. Eso, a su vez, me acercaba a la personalidad del asesino, y mi perfil llevó a la policía a centrarse en un sospechoso de un caso de violación del año anterior en una ciudad cercana más grande. Así, el comprender a la víctima me ayudó a elaborar una estrategia para la policía al interrogar a este desafiante sospechoso que, como predije, ya habría pasado por un detector de mentiras. Más adelante comentaré con más detalle este caso, fascinante y sobrecogedor. De momento, basta con decir que el individuo acabó confesando tanto el asesinato como la violación anterior. Fue juzgado y sentenciado y, en el momento de redactar este libro, está en el corredor de la muerte en Georgia.

Cuando enseñamos los elementos de la elaboración de perfiles de personalidades de criminales y de análisis del escenario del crimen a agentes del FBI o profesionales de las fuerzas de la ley que asisten a la Academia Nacional, intentamos que piensen todo el relato del crimen. Mi colega Roy Hazelwood, que dio un curso básico sobre perfiles durante muchos años antes de jubilarse en 1993, solía dividir el análisis en tres preguntas y fases distintas: qué, por qué y quién.

¿Qué ha ocurrido? Incluye todo lo que pueda ser significativo sobre el crimen en cuanto a conducta.

¿Por qué ocurrió como ocurrió? ¿Por qué, por ejemplo, hubo mutilación tras la muerte? ¿Por qué no se llevaron nada de valor? ¿Por qué no estaba forzada la entrada? ¿Cuáles son las razones para cada factor significativo en el crimen relativo a la conducta?

Y así, llegamos a:

¿Quién podría haber cometido este crimen por estos motivos?

Esta es la tarea que nos proponemos.